

La prisión

— Acaso los pormenores de esta escena se borrarán algún día de mi memoria, pero jamás olvidaré la impresión que en mí produjo. No me quedó la más leve sombra de duda, y esta predicción tomó con el tiempo en mí el aspecto casi palpable de la realidad. Sí, continuó Pontcalec, aunque os riáis en mis barbas, como hizo mi buen tío Crisógono, ni me haréis cambiar de parecer un solo instante, ni me quitaréis de la cabeza que semejante predicción se ha de cumplir como las otras dos, y que debo morir en el mar; así os declaro que, aunque saliesen ciertos los avisos que hemos recibido, aunque fuese perseguido por los agentes de Dubois, y hubiese dispuesto un barco para recibirme y escapar, estoy tan convencido de que el mar ha de serme fatal, y de que ningún género de muerte tiene poder sobre mí, que me pondría yo mismo en manos de los que me persiguiesen, y les diría: « Cumplid vuestra misión, señores: no moriré en vuestras manos. »

Los tres bretones habían escuchado en silencio

esta extraña declaración, á la cual daban cierta solemnidad las circunstancias.

— Ahora, dijo de Couëdic, concebimos, querido amigo, vuestro admirable valor; el género de muerte para el que estáis reservado os hace arros-trar impávido cualquier otro peligro de distinta naturaleza; pero cuidado de que esto no se sepa, pues de lo contrario podría quitaros mucho mérito, no á nuestros ojos porque os apreciamos en lo que valéis, sino á los de los demás, que dirían que habíais tomado parte en la conspiración porque no podíais ser ni decapitado, ni fusilado, ni muerto á puñaladas, ni ahorcado; pero que no os habíais atrevido á entrar en ella si fuese costumbre castigar á los conspiradores ahogándolos.

— Y puede ser que no se equivocasen, respondió Pontcalec sonriéndose.

— Pero nosotros, querido marqués, nosotros que no tenemos los mismos motivos para estar tranquilos, ¿no sería bueno que aprovechándonos del aviso que nos da este amigo desconocido saliésemos de Nantes y aun de Francia lo más pronto posible?

— Sin embargo, ese aviso puede ser falso, repuso Pontcalec, y yo no creo que se sepa nada de nuestros proyectos ni en Nantes ni en ninguna otra parte.

— Y según todas las probabilidades no se sabrá nada hasta que Gastón haya llevado á cabo su

obra, dijo Talhouët : entonces no habrá que temer sino el entusiasmo, y éste no mata. En cuanto á vos, Pontalec, no os acerquéis nunca á un puerto de mar, no os embarquéis jamás, y estad seguro de vivir tantos años como Matusalén.

La conversación hubiera continuado en este tono de chanza á pesar de la gravedad de la situación, si Pontalec hubiese consentido en poner algo de su parte, pero le parecía tener aun delante de sus ojos á la vieja hechicera alzándose la capucha y haciéndole la fatal predicción. Además, al llegar á este punto de su plática entraron por varias puertas secretas, y en trajes diferentes, algunos nobles con quienes estaban citados y que eran también conspiradores.

No había mucho que temer de parte de la policía provincial: la de Nantes, aunque esta ciudad era una de las principales de Francia, no estaba organizada de modo que pudiese dar cuidado á los conspiradores, los cuales tenían además de la provincia la influencia del nombre de su posición social. Era pues necesario que el jefe de la policía de París, el regente ó Dubois, enviasen espías particulares que por falta de conocimiento del terreno, por la diferencia del traje y aun de la lengua, se hacían con facilidad sospechosos á los que iban á vigilar, y éstos por lo común sabían hasta la hora en que habían entrado en la provincia y puesto el pie en la población.

Aunque la asociación bretona era numerosa, sólo trataremos de los cuatro jefes que hemos nombrado, porque éstos han ocupado las páginas principales de la historia; eran los más notables de la provincia, y que por sus nombres, riquezas, valor é inteligencia dominaban á todos los demás.

En aquella sesión se trató extensamente de la oposición á un edicto de Montesquieu y del armamento de todos los ciudadanos bretones en caso de violencia por parte del mariscal. Como se puede comprender, esto era nada menos que el principio de la guerra civil, la cual debían empezar desplegando una enseña sagrada. La impiedad de la corte del regente y los sacrilegios de Dubois eran los pretextos que debían promover la indignación de una provincia esencialmente religiosa contra un gobierno tan poco digno de suceder, según los conspiradores, al reinado tan ferviente y celoso de Luis XIV.

Este alzamiento era tanto más fácil de ejecutar, cuanto que el pueblo aborrecía á los soldados que habían entrado en el país con una especie de insolente confianza. Los oficiales, que cumpliendo las órdenes del mariscal de Montesquieu, no participaban de las diversiones de la nobleza, se abstentaban por orgullo y por disciplina de toda relación con los descontentos, lo cual disgustaba mucho, pues en aquella época los oficiales eran hermanos

de blasón de los nobles, que llevaban espada como ellos.

Pontcalec declaró á todos los conjurados el plan formado por la junta superior, sin sospechar que en el momento mismo en que tomaba sus medidas para derrocar al gobierno, la policía de Dubois, que los creía á todos en sus casas, enviaba al domicilio de cada uno un destacamento con orden de guardar la entrada, y un agente con la misión de prenderlos; resultando de esto, que todos los que tomaron parte en la reunión vieron de lejos brillar á sus puertas las bayonetas de los soldados, y pudieron, prevenidos en su mayor parte del peligro que corrían, escapar por una pronta fuga. Además, no les era difícil hallar donde esconderse, porque como toda la provincia estaba comprometida en la conspiración, tenían amigos en todas partes, y como eran ricos propietarios, los ocultaron sus arrendadores ó apoderados; de suerte que una gran parte consiguió embarcarse y pasar á Holanda, á España ó Inglaterra.

Pontcalec, de Couëdic, Montlouis y Talhouët salieron juntos como acostumbraban; pero al llegar al extremo de la calle en que estaba situada la casa de Montlouis, vieron luces que corrían de una parte á otra detrás de las ventanas, y un centinela que guardaba la puerta.

— ¡Hola! exclamó Montlouis deteniéndose, ¿qué es aquello? ¿qué pasa en mi casa?

— En efecto, dijo Talhouët, algo hay de nuevo, y hace poco me pareció haber visto una guardia en la fonda de Rouen.

— ¿Por qué no nos lo has dicho? preguntó de Couëdic: creo que la cosa no era tan insignificante.

— Temía que me tuvieseis por hombre que se alarma de poco, y he creído que sería alguna patrulla...

— Pero estos soldados son del regimiento de Picardia, repuso Montlouis retrocediendo, el cual se había adelantado un poco.

— Ciertamente; es extraño, dijo Pontcalec; pero hagamos una cosa; por aquí se llega al momento á mi casa; si la encontramos cercada como la de Montlouis, entonces ya sabemos á qué atenernos.

En seguida marcharon todos cuatro en silencio, y reunidos para defenderse mejor en caso de ataque, llegaron á la esquina de la calle en que vivía Pontcalec, y vieron su casa no sólo cercada sino invadida. Un destacamento de veinte hombres apartaba á la gente que comenzaba á agruparse.

— Esto ya pasa de broma, dijo de Couëdic; á no ser que nuestras casas estén quemándose todas á un tiempo; no sé con qué motivo esos uniformes se mezclan en nuestros negocios. Por mi parte, señores, pienso tomar las de Villadiago.

— Y yo también, dijo Talhouët, me voy á Saint-Nazaire. Creedme, amigos míos, venios conmigo

UNIVERSIDAD DE BREVIO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1910 1025 MONTERREY, MEXICO

hallaremos dispuesto un bergantín que sale para Terranova, con cuyo capitán tengo las más estrechas relaciones. Si el aire de tierra es malo, nos trasladaremos á bordo y salimos á alta mar.

— Entonces, Pontalec, dijo Montlouis, olvidad por un instante vuestra bruja, y acompañadnos.

— Nada de eso, respondió Pontalec moviendo la cabeza; conozco lo que me espera por ese lado; además, reflexionad, señores, que somos los jefes, y que produciría muy mal ejemplo esta fuga anticipada, sin saber á punto fijo si nos amenaza algún peligro verdadero. No existe la menor prueba contra nosotros. La Jonquiere es incorruptible, Gastón es intrépido; las cartas que hemos recibido de él ayer mismo anunciaban que de un momento á otro quedaría todo terminado: puede ser que á esta hora el regente esté muerto y la Francia sea ya libre. ¿Qué pensarían de nosotros si se dijera que en el momento en que Gastón cumplía su encargo nos fugábamos? El mal efecto que causaría nuestra deserción echaría á perder todo el negocio. Consideradlo bien, señores; no os doy una orden como jefe, sino un consejo como amigo; no estáis obligados á obedecerme, porque yo os relevo del juramento; pero en vuestro lugar no me ausentaría. Hemos dado ya el ejemplo de nuestra adhesión á los principios que profesamos: lo peor que nos puede suceder, es que demos también el ejemplo

del martirio; mas creo que no llegará ese caso. Si nos prenden, el parlamento de Bretaña nos juzgará: ahora bien, ¿quiénes son los que componen este parlamento? ¿O son amigos nuestros, ó cómplices: más seguros estaremos en una prisión de que ellos tengan la llave, que en un bergantín, cuyo destino está á merced del primer golpe de viento. Por otra parte, antes de que el parlamento pueda reunirse se habrá levantado toda la Bretaña: si nos juzgan saldremos absueltos, y si salimos absueltos quedaremos vencedores.

— Tiene razón, dijo Talhouët, mi tío, mis hermanos, toda mi familia, todos mis amigos, están comprometidos conmigo; ó me salvo con ellos ó muero también con ellos.

— Querido Talhouët, repuso Montlouis, todo eso es muy bueno; pero, hablando ingenuamente, yo tengo formada otra idea peor de este asunto; si estamos en manos de alguno, es sin duda en las de Dubois. Este infame abate no es noble, por consiguiente detesta á los que lo son: no me gustan esas personas mixtas que no pertenecen á ninguna clase, que no son ni nobles, ni soldados, ni clérigos: mejor querría haberme las con alguno de estas tres clases; al menos les sostiene la autoridad de su profesión, que es un principio; pero Dubois no querrá atender sino á razones de Estado; no obstante lo dicho, me atengo á la resolución de la mayoría, y si ésta

vota por la fuga, confieso que huiré de muy buena voluntad.

— Y yo te acompañaré, replicó de Couëdic: Montesquieu puede estar mejor informado de lo que nosotros creemos, y si es Dubois quien trata de prendernos, como cree Montlouis, nos costará trabajo salir de sus garras.

— Y yo, señores, repito, dijo Pontcalec, que debemos quedarnos: el deber de los jefes de un ejército es morir á la cabeza de sus soldados; el deber de los jefes de un complot es morir á la cabeza de la conspiración.

— Querido, dijo Montlouis, permitidme que os diga que vuestra bruja os tiene ciego. Para hacer que se crea en la verdad de su predicción, el diablo me lleve si no estáis pronto á tiraros al mar sin que nadie os fuerce á ello. Yo soy menos entusiasta por la pitonisa, lo confieso, y como no sé el género de muerte que me está reservado, tengo sobre este punto algún recelo.

— Os engañáis, Montlouis, replicó Pontcalec; lo que principalmente me detiene aquí es el deber. Además, si no muero de resultas de este proceso, vosotros tampoco moriréis; porque soy vuestro jefe, y delante de los jueces reclamaré este título. ¡ Por Dios! seamos lógicos, y no vayamos á huir como un rebaño de ovejas á la proximidad del lobo. ¡ Nosotros que somos soldados, temeríamos hacer una visita oficial al parlamento! porque en

fin, á esto se reduce todo; un buen proceso y nada más: bancos ocupados por togas, sonrisas de inteligencia del acusado al juez y del juez al acusado: es una batalla que nos presenta el regente; aceptémosla, y cuando el parlamento nos haya absuelto, la absolución será para nosotros una victoria mayor que si hubiéramos derrotado á las tropas que hay en Bretaña.

— Ante todo, señores, dijo de Couëdic, Montlouis acaba de hacer una proposición, y es que este asunto se decida por mayoría de votos. Yo apoyo la idea de Montlouis.

— Es muy justo, repuso Talhouët.

— Lo que yo he dicho, añadió Montlouis, no es porque tengo miedo; sino porque no quisiera ir á meterme en la boca del lobo cuando se le puede dejar con el rabo entre las piernas.

* — Lo que decís es inútil, Montlouis, dijo Pontcalec; ya sabemos todos quién sois; aceptamos, pues, vuestra proposición y vamos al momento á votarla.

Y con la misma calma con que formulaba sus proposiciones ordinarias, formuló ésta, de la cual dependía su vida y la de sus amigos.

— Los que sean de opinión de huir para evitar la suerte que pueda esperarnos, que levanten la mano en alto, dijo Pontcalec.

De Couëdic y Montlouis levantaron la mano.

— Somos dos contra dos, dijo Montlouis; la

prueba no basta, dejémonos guiar cada uno de nuestra inspiración.

— Sí, pero ya sabéis, replicó Pontcalec, que como presidente tengo dos votos. Los que prefieran quedarse que levanten la mano, repitió Pontcalec, y él y Talhoüet las levantaron.

Pero como Pontcalec tenía dos votos, tuvo uno de mayoría á su favor.

Semejante deliberación en medio de la calle y con tal forma de solemnidad, hubiera parecido grotesca si no hubiese tenido que dar por resultado la vida ó la muerte de las cuatro personas más principales de Bretaña.

— Vamos, dijo Montlouis, parece que no teníamos razón, querido de Couëdic; y ahora, marqués, mandad y obedeceremos.

— Atended á lo que voy á hacer, y luego haréis lo que queráis.

En seguida marchó derecho á su casa y sus amigos le siguieron: al llegar á la puerta, guardada, como hemos dicho, por un piquete de soldados, puso la mano en el hombro de uno de ellos, y le dijo:

— Amigo, llama al oficial.

El soldado dió la orden al sargento, el cual llamó á su capitán.

— ¿Qué se os ofrece? dijo éste.

— Quisiera entrar en mi casa.

— ¿Quién sois?

— El marqués de Pontcalec.

— ¡Silencio! exclamó el oficial á media voz; callaos, y huid sin pérdida de tiempo, pues he venido á prenderos.

Después añadió en alta voz:

— No se pasa, y empujó al marqués hasta detrás de la fila de soldados.

Pontcalec tomó la mano del oficial, se la apretó y le dijo:

— Sois un joven valiente y generoso; pero á pesar de vuestra generosidad, debo entrar en mi casa. Gracias, y el cielo os recompense.

El oficial sorprendido hizo abrir las filas, y Pontcalec seguido de sus tres amigos entró en el portal de su casa. Al verle su familia, que estaba en la primera meseta de la escalera, lanzó exclamaciones de terror.

— ¿Qué hay? preguntó el marqués sosegadamente.

— Hay, señor marqués, que os deis á prisión, dijo sonriéndose un dependiente del preboste de París.

— ¡Pardiez! habéis hecho grande hazaña, dijo Montlouis, y me parecéis un hombre hábil; ¡sois dependiente del preboste de París, y necesitáis que vengan á buscaros los mismos á quienes tenéis que prender!

El dependiente confundido saludó á aquel caballero que tan agradablemente se ofrecía en su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1926 MONTERREY, MEXICO

cunstancias en que otros habrían perdido el uso de la palabra, y le preguntó su nombre.

— Yo soy Montlouis, querido, dijo éste; mirad si tenéis por ahí alguna otra orden contra mí, y ponedla en ejecución.

— Señor, repuso el dependiente, saludando con nuevas y mayores muestras de respeto á medida que más sorprendido quedaba: no soy yo, sino mi compañero Duchevron el que está encargado de prenderos; ¿queréis que le avise?

— ¿Dónde está? preguntó Montlouis.

— Presumo que os espera en vuestra casa.

— Sentiría bastante hacer esperar mucho tiempo á ese caballero, replicó Montlouis; por lo tanto, voy á buscarle: os doy un millón de gracias, amigo mío.

El dependiente no sabía lo que le pasaba, y se deshacía en reverencias.

Montlouis estrechó la mano á Pontcalec, de Couëdic y Talhoüet; les dijo algunas palabras al oído, y se dirigió á su casa, donde se entregó á discreción como lo había hecho Pontcalec.

Lo mismo hicieron por su parte Talhoüet y de Couëdic, de modo que á las once de la noche todo estaba concluido.

La noticia de la prisión circuló por toda la ciudad. Sin embargo, nadie se alarmó mucho, porque se creía que juzgados por el parlamento, éste los absolvería.

Pero á la mañana siguiente se apoderó el terror de todos los habitantes cuando vieron llegar la comisión perfectamente constituida, y á la que no faltaba nada, ni presidente, ni fiscal, ni escribano, ni aun verdugos. Decimos verdugos porque en lugar de uno iban tres.

Vese con frecuencia que en los grandes infortunios se apodera el estupor hasta de los hombres más animosos: esta desgracia cayó sobre la provincia con la celeridad del rayo: así la Bretaña no hizo el menor movimiento, y en vez de levantarse se anonadó.

La comisión se instaló el mismo día de su llegada, sorprendidos sus individuos de no haber recibido grande acogida del parlamento ni visitas de la nobleza. Teniendo en cuenta los poderes de que se hallaban investidos, debían esperar que procurasen más bien inclinarles á favor de los presos, que ofenderles; pero fué tan grande el terror, que todos pensaron en sí, y se contentaron con lamentar la suerte de los demás.

Tal era el estado en que se hallaba la Bretaña tres ó cuatro días después de la prisión de Montlouis, Pontcalec, de Couëdic y Talhoüet.

Dejemos á los conspiradores de Nantes enredados en los lazos que les había tendido Dubois, y veamos lo que en aquella época hacía con los de Paris.